

Venimos de gente que escucha a la tierra



Crecí en un hogar latino donde la conservación no se aprendía en libros ni en campañas ambientales. Se aprendía en la cocina, en el patio, y en esos hábitos cotidianos y silenciosos que daban forma a nuestra vida familiar. Mucho antes de escuchar la palabra “sostenibilidad”, yo ya veía a mi familia practicarla sin nombrarla.

Para muchas familias latinas, la naturaleza no es algo separado de nosotros; está entrelazada en nuestras rutinas, nuestras celebraciones y nuestro sentido de hogar. Nos reunimos afuera, cocinamos afuera, descansamos afuera. Incluso en ciudades o en apartamentos pequeños, siempre hay un rincón verde: una mata de chile en una lata de café reutilizada, un nopal creciendo junto a la cerca, una hilera de hierbas en la ventana. Estos gestos no son decoración; son una manera de mantenernos conectados con la tierra, aunque la vida nos lleve lejos de ella.

Esa creatividad para transformar lo que tenemos es una forma de conservación heredada. Muchos crecimos con el instinto natural de reutilizar, reparar y hacer que las cosas duren. Los envases nunca eran de un solo uso. La ropa se remendaba. La comida se estiraba. Nada se desperdiciaba porque nada podía desperdiciarse. Ese modo de vivir —nacido de la cultura y de la necesidad— es uno de los valores ambientales más poderosos que llevamos dentro.



Yo crecí viendo a mi abuela convertir en útil lo que otros tirarían. Si las manzanas estaban golpeadas o picadas por gusanos, ella no las desechaba. Pelaba las partes buenas, acomodaba las rebanadas en una caja de cartón y las dejaba al sol por días hasta que se convertían en manzanas secas. Nada se desperdiciaba. Nada se daba por sentado. Ese instinto silencioso de honrar lo que la tierra nos da fue una de mis primeras lecciones sobre cómo cuidar el mundo natural. No era una tendencia ni una práctica de sostenibilidad; era simplemente la manera en que ella siempre había vivido. Esa recursividad es parte de nuestra cultura, una forma tranquila de conservación que pasa de generación en generación.

Con el tiempo entendí que estas prácticas cotidianas también son actos de cuidado ambiental. Reflejan una relación con la naturaleza humilde, práctica y profundamente respetuosa. Es un tipo de conservación que quizá no aparece en informes o campañas, pero vive en nuestras familias y comunidades.

A medida que más organizaciones buscan incluir voces latinas en las conversaciones sobre conservación, creo que es importante reconocer que muchos de nosotros ya llegamos con una base sólida. Tal vez no todos seamos expertos en aves o científicos, pero sí entendemos lo que significa cuidar lo que tenemos, proteger nuestro entorno y pensar en las generaciones que vienen detrás. Esos valores también son conservación.

Y cuando las comunidades latinas se ven reflejadas en las historias ambientales —no como recién llegados, sino como personas que siempre han tenido una relación con la tierra— se abre la puerta a una participación más profunda. Nos recuerda que nuestras experiencias importan, que nuestras historias importan, y que nuestra sabiduría cultural tiene un lugar en el futuro de la conservación.



Nicole Atencio

